

Esta (no) es una carta de amor

Laura Novaro*

“No podemos conocer con precisión arbitraria determinadas cantidades observables de las partículas, como la variación en posición y velocidad o la variación en la energía y el tiempo. Si conocemos de una partícula su posición, entonces no sabemos su velocidad y viceversa”.

Principio de incertidumbre de la física cuántica

Lo único que nos permite viajar en el tiempo, hasta hoy,
es el psicoanálisis.

Querida Asociación Psicoanalítica de Guadalajara:

Esta (no) es una carta de amor, es una carta de agradecimiento y filiación. Aunque puede decirse que se trata de un amor forjado desde el amor de transferencia, el cual se ha ido transformando poco a poco. El tema de este encuentro nos abre a cuestionarnos como analistas en formación, pero también como personas en análisis, en proceso de vivir y de seguirnos erigiendo. Este trabajo es más que nada una introspección personal que deseo compartir con ustedes, una “revuelta íntima” en la que convergen ahora todos los tiempos y todos los espacios que han construido mi alma.

Recuerdo que hace un año presenté mi trabajo para el encuentro de candidatos desde mi sofá y a distancia, a través de Skype, pues acababa de sufrir un accidente pocos días antes, inaugurándose así un año de revueltas. Pocos meses antes había terminado los seminarios de los jueves con mi grupo de IPA, y desde entonces se presentaron accidentes, muertes, pérdidas significativas, pero también sucedió la vida, los encuentros, el movimiento, la belleza, el amor, un tiempo coloreado de claros-curos. La vida privada de los analistas no puede desasirse de su práctica: revuelve, descoloca, desestructura, reta.

Y como es una carta de filiación, también de paso le hago un pequeño homenaje a mi padre recién fallecido, tomando

*Laura Novaro
Candidata de la formación
en Psicoanálisis de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara/IPA.

launovaro@hotmail.com

una analogía con la física cuántica: las partículas subatómicas demuestran que al medirlas ya no pueden encontrarse, así que cuando escribo estas líneas, la revuelta se transforma en otro tipo de revuelta porque al reflexionar acerca de este último año aquí, ante ustedes, parece detenerse el tiempo, la revuelta cesa, ya no es la misma, lanzándome hacia otra posición. Pienso que lo mismo sucede en la sesión analítica cuando se interpreta, porque el tiempo de la sesión parece acelerarse, como las partículas. Pero dejo a los científicos la imposible tarea de inventar una máquina del tiempo, pues hasta ahora parece que el psicoanálisis es el único dispositivo capaz de lograrlo. Hoy los invito a que viajen conmigo a través de varios tiempos, vía las palabras que ahora les comparto.

Vengo de regreso de Lima, después de una desmañanada del carajo. Veinte minutos atravesando la capa de nubes que esconden como telón la escenografía de la Ciudad de México, mientras el avión se sacude con furia. Yo escucho una melodía que me transporta a otros universos, asociando que la música es otro medio para viajar en el tiempo, es verdad, pero de una forma distinta al análisis, porque lo hace desde un registro pre-verbal, arcaico, catártico, y por tanto no provee de un sentido que sólo podría obtenerse a través de la palabra interpretativa.

Mientras el avión sigue descendiendo, mi corazón palpita al escuchar las notas de un piano bellamente atacado por las manos de Michael Nyman, el creador del *soundtrack* de la película *El Piano*, recordándome con nostalgia a mi padre recién fallecido. Hace varios años le regalé esa misma música, la cual escuchaba embelesado algunas tardes lluviosas, quizá también viajando hacia su propio pasado, porque lo veía nostálgico, ausente. Eso recordaba en ese avión mientras sobrevolaba con la vista húmeda la

ciudad en que nació: la Ciudad de México, que se me mostraba más bella que nunca, haciendo honor a la descripción que de ella hizo Alfonso Reyes en un famoso epígrafe, para robársela después Carlos Fuentes al nombrar su primera gran novela: "La región más transparente". Pensé que esa frase no le pertenece ni a Fuentes ni a Reyes, sino a Alexander von Humboldt, el gran "descubridor" extranjero que miró a México con ojos novedosos, reinventándolo a través de palabras surgidas desde una mirada que sólo la otredad puede ofrecer.

Pensé en que, en apariencia, no hay nada nuevo bajo el sol, porque el origen se pierde en el abismo de los tiempos... pensé en que nada nos pertenece, que la huella que dejamos ya ha sido la huella del otro, y que nosotros tampoco pertenecemos a un solo espacio ni a un solo tiempo. Me invadió la nostalgia por mi padre, por mi ciudad, pero también una genuina alegría de que mi destino no era volver ahí, sino a Guadalajara. Eso era lo nuevo, un nuevo lugar, un nuevo espacio. Sentí que yo soy de la Ciudad de México, pero también de esta ciudad. Pensé que alguna vez había sido hija, y que ahora se desplazaba mi lugar en las generaciones... pensé que mi padre ya no estaría más que en la música y en las historias de las ciudades que él pisó y que ahora yo podría pisar algún día para encontrarme con él de otra forma... Pensé que, de cierta manera, en realidad somos de un lugar y de otros tantos. Pensé en que la vida es esa revuelta íntima, la suma de esas pequeñas cosas que constantemente nos transforman... pensé en la ilusión inalcanzable de un solo espacio y un solo tiempo, la imposibilidad de la inmanencia; en la mentira que nos contamos para creer que tenemos un psiquismo construido, único y terminado... Pensé en que, así como puede haber varias dimensiones y varios universos, también existen varios psiquismos que

atravesan al nuestro, padres, abuelos, generaciones enteras, la verticalidad de la filogenia, pero también la horizontalidad de nuestros contemporáneos.

Los contemporáneos, como diría la psicoanalista Mónica Vorchheimer, son los que padecen el sufrimiento de un mismo tiempo, quienes reconocen sus oscuridades, pero pienso que no sólo eso, sino también quienes saben reconocer los claroscuros de una época, permaneciendo, al mismo tiempo, en el presente y en otros tiempos, colocándolos en un estado de inactualidad, porque su tiempo y otros tiempos se han precipitado en el presente inaprehensible. Somos nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro colapsados en el aquí y el ahora de un instante que sólo puede percibirse en los encuentros y desencuentros.

Julia Kristeva, la creadora de esa imagen simbólica que me desvela, la de la revuelta íntima que se da ante la posibilidad de interrogar al propio ser, de buscarse a sí mismo, y que se da por la aptitud para el retorno, que "es a un tiempo rememoración, interrogación y pensamiento". No es el eterno retorno como compulsión a la repetición, sino que requiere de un esfuerzo psíquico dado por el pensamiento y el afecto en una dialéctica constante, en un impulso hacia la re-presentación, la búsqueda incesante, el movimiento de las asociaciones que habilitan un pensamiento inquisitivo, revolvente, provocador y, por tanto, incómodo y abierto, trepidante. El ser es antagónico de la inmutabilidad, pero nos aferramos a la ilusión de las certezas. La revuelta es esa máquina del tiempo que enciende el análisis en el cual todos los espacios y todos los tiempos de paciente y analista se despliegan en un mismo instante, el devenir de la sesión analítica como un *Aleph* en donde convergen todos los universos y todos los tiempos; se revuelven, se deben de-

jar patas pa' arriba para poder jugar a ser más verdaderos, desmitificarnos, hacernos un poco más dueños de nuestros propios deseos.

Ese es el tiempo del análisis, el que pudiera ser el milagro de un chispazo que se enciende ante el encuentro, más difícil de encontrar que un diamante, pues lo más común es que se dé la vivencia de una pesada opacidad cuando no se da el encuentro. Vienen a mi mente las palabras que he escuchado en esta institución en varias ocasiones: "Si en el encuentro analítico no salen ambos participantes transformados, no ha habido en realidad ningún encuentro". La incomodidad que produce un vínculo, diría Janine Puget, es a lo que debemos aspirar. La vida y el análisis son dolorosos porque implican un trabajo constante, como el amor. Me llevan a hacerme responsable de mi propio deseo; nos sacan del goce que produce la pulsión de muerte para alcanzar un goce distinto, diría Kristeva, aquel que lleva la impronta de la pulsión de vida, acción de integrar, representar, interpretar. Todo acto psíquico tiene ese plus de placer, el acto de representar, reconstruir, comprender desde un nuevo ángulo, gestándose un placer distinto. ¿Y no es esto también el acto amoroso?

Este año ha sido una revuelta para mí, sigo revoltosa. Vuelvo ahora hasta febrero del año pasado, viajen conmigo más atrás: el Simposium del amor fue transformador en muchos sentidos, aquello de que el amor resulta el acto psíquico más evolucionado, un acto de análisis y síntesis constantes, transformaciones, renunciaciones y castraciones simbólicas, la aceptación de estar en falta... Hago otro salto cuántico hacia octubre, en uno de los seminarios de pareja, en donde Janine Puget genera otro movimiento en mí para repensar que debemos aceptar, en la vida y en el análisis, no sólo las faltas, sino propiciar los encuentros con un otro

que también está en falta. El pensamiento implica establecer vínculos, pero también salirse del debate del ser o no ser, para entrar precisamente a ser y no ser al mismo tiempo. Esto conlleva a un descentramiento, asimilar que nuestra vista debe permanecer desenfocada, como dice Vorchheimer. Es ver al otro, pero también a lo que lo rodea, y entonces esa vista regresa a mi propio ser, enfocando, desenfocando, posicionándome en un tiempo y a la vez permaneciendo inactual. Estar y no estar, la paradoja del analista, quien se coloca frente al paciente con todo su ser en un acto que también nos posiciona frente al otro en la relación amorosa, del tipo que sea.

Julia Kristeva habla de un grado cero en el que debe iniciar cada encuentro analítico, pues éste parte de una interrogante en la cual sólo podremos crear conjeturas, sin generar expectativas, reconociendo el valor de la sorpresa, y ella se pregunta: "¿Esta aptitud para el juicio, que es la interrogación, es nuestra única defensa contra la 'banalidad del mal'? Nos ofrece una respuesta a medias, pero una vía posible para salir de esa banalidad [...] requiere de una rehabilitación de lo sensible". ¿Qué significa esto sino el encuentro analítico? Buscarse en el otro para revolver, re-decir, diría Kristeva, arrancar una cura por la palabra, palabra que se repite pero que nunca es la misma: "desolazamiento", movimiento, desintegración, transformación. El espacio psicoanalítico "es ese lugar privilegiado donde la vida encuentra un sentido SI Y SOLAMENTE SI EL PSIQUISMO ES CAPAZ DE RE-VUELTA". Y nos habla de un per-don en psicoanálisis, porque se deshace la culpabilidad mítica, aquella que nos resulta intrínseca al nacer sujetos a un otro y al Gran Otro. Es una suerte de rebelión contra la antigua Ley, contra los designios y mitos familiares, el Superyó y sus prohibiciones, los pesados ideales, los limitantes roles edípicos asignados

y las cárceles narcicísticas. El per-don, para Kristeva, es un don de sentido que se "dona" en un análisis como posibilidad de curación.

En la formación psicoanalítica, además de las tres dimensiones del trípode analítico, existe una cuarta dimensión, primordial en este universo del psicoanálisis: la institución que nos alberga. Todos ellos van de la mano en esta revuelta, entreverándose en un tejido vigoroso y firme que nos sostiene. Porque no sólo me debo enfrentar a los singulares encuentros entre el paciente y yo, sino con mi analista, con mis supervisores, con mis maestros, con mi institución, siendo parte de una filogenia que me posiciona frente al mundo. La manera de transmitir el psicoanálisis de cualquier institución será atravesada tanto por el actuar como analistas cuanto como personas en el día a día, estableciendo una ética que debe eximirse de una moral superyoica y aniquilante que no hace sino repetir un juicio, teniendo como resultado el enquistamiento del mal, el mal-estar, sin llegar a restituir el sufrimiento. La palabra posible para el per-don es la interpretación, como nos dice Kristeva, porque "suspende las deudas y los castigos con la condición de provenir del amor". Por eso la interpretación es para ella una palabra de amor que, en lugar de establecer un juicio a nuestra culpabilidad original, lo deshace y reintegra al hacernos comprender que más que una culpa, cargamos con una insuficiencia intrínseca, de la cual no somos culpables y que, además, tenemos la posibilidad de rectificar, a su vez, en el amor. Es la deconstrucción necesaria para reconstruir una historia nueva, transformada, la cual relanza la maquinaria de un tiempo ahora movilizado.

Se habrán preguntado por qué relaciono al per-don con la institución. Intentaré explicarme: rememoro otra vez, vuelvan conmigo a Perú, en el mes

de septiembre de 2018. Durante el pre-congreso de Lima, escuché frases como éstas: la necesidad de “matar a los padres”, descabezar a los predecesores, democratizar el psicoanálisis, disolver la verticalidad para dar paso a la horizontalidad, deshacer las diferencias; y francamente me sentí aterrada por el futuro, no sólo de la sociedad, sino del psicoanálisis mismo. Observé una tendencia hacia la disolución de las leyes, un llamado a la revuelta que revela más bien una agenda oculta para avalar un discurso social timorato que se disfraza de lo políticamente correcto. Lo políticamente correcto resulta en la politización del psicoanálisis, transformándolo entonces en una especie de tribunal de la Santa Inquisición que suelta un tufo desagradable resultante del fuego abrasador de la cárcel de brujas, navegando con una bandera de liberalismo y progreso, dejándose a un lado lo que debe ser la verdadera vocación del psicoanalista: disolver el malestar en el paciente, su “mal de ser”, que no es otra cosa sino el sufrimiento que genera un goce porque precisamente adolece de límites y, en consecuencia, queda estancado, congelado por los “poderes de la perversión”. A sabiendas de correr el riesgo de parecer conservadora, pienso que la revuelta es otra cosa, y eso se me transmitió en esta institución porque se permite el pensamiento, las diferencias, los encuentros y, por tanto, se perdona porque se ofrece un sentido sin prescindir de una estructura sólida que nos acoge y a la vez nos limita, liberándonos de nuestra propia perversión. Nos abre a la interrogación, al re-análisis. Esto nos permite, cuando nos perdemos, recuperar el vector que nos ayuda a cuestionarnos qué camino elegir al tratar a nuestros pacientes. Usé la palabra *vector* a propósito: en física matemática, un vector corre en diagonal con respecto al eje vertical y horizontal, estableciendo una correlación entre ambos, contando

con una longitud y una orientación determinadas, un “sentido”. Así, considero que la institución construye un encuadre externo que se introyecta, estableciendo una permanente relación entre nuestros pares, la relación horizontal, y las generaciones que nos anteceden y nos suceden, la verticalidad de nuestros analistas, supervisores y maestros, así como de nuestros alumnos. Pienso que, como una institución compuesta por esta estructura dinámica dada por individualidades en constante construcción y deconstrucción, no nos debemos quedar tan cómodos, al margen de la lucha y la revuelta, aunque siempre a favor del perdón del paciente. Kristeva critica la revuelta que se institucionaliza, que mistifica nuevamente, en otras palabras, que obtura, cambia de etiquetas, cierra posibilidades y revueltas. Eso no es otra cosa más que una perversión, y no podemos ignorar que algunas instituciones se quedan atoradas de ese lado.

Pero acompañenme a un viaje más: visitando los centros arqueológicos de Perú, tan similares a los de México y a la vez tan diferentes, escuché que los guías nos hablaban de las tres leyes incas. La primera versión que se nos narró fue la siguiente. Primera ley: *Ama Sua*, “No seas ladrón”; segunda: *Ama Llulla*, “No seas mentiroso”, y tercera: *Ama Quella*, “No seas ocioso”. Suenan familiares estas frases que inician desde una negación, una prohibición, un imperativo categórico amenazante y castrador que me hace recordar los diez mandamientos judeo-cristianos. Esa había sido una castellanización del código moral inca como resultado de la evangelización, un trauma en el cual debió “asimilarse” la ideología de un Otro que se impuso a través de la violencia contra las anteriores creencias, poniendo el acento en una prohibición superyoica, fundada en el *No*.

Otra guía nos ofreció una versión muy diferente. La significancia de esta

nueva versión será otra, resultante de una filosofía mucho más apegada al código moral incaico y, a mi parecer, más evolucionada psíquica y socialmente. Ésta traduce las tres frases como sigue: *Ama Sua*, "Enseña bien"; *Ama Llulla*, "Haz bien", y *Ama Quella*, "Quiere bien". No puedo dejar de lado la casualidad poética de que el vocablo quechua con el que inician estas frases es con el verbo "ama" del castellano. Cuando escuché esta versión, pensé en la institución a la que pertenezco, porque esa es la verdadera transmisión del psicoanálisis: enseñar bien, hacer bien y querer bien. Por eso ésta sí es una carta de amor y agradecimiento a mi institución: mi analista, mis supervisoras, mis maestros y compañeros. El *No* de la negación represiva ya puede quitarse. Esta es una carta de afiliación y reposicionamiento. Hoy soy otra gracias a la asociación de la que formo parte, y veo con ilusión que la revuel-

ta continúa, que el per-don se otorga al dar un sentido al sufrimiento, al "abrir la palabra asociativa que transformará el mal y la muerte en relato de una vida para una vida nueva... una curación sin fin". Sigo las huellas de los otros, sabiendo que ninguna huella es exactamente igual a la anterior, por ello, nada nuevo hay bajo el sol, pero sí resulta nuevo aquello que puede surgir en mí, en el otro, gracias a la precipitación de todos los tiempos en uno solo, sólo posible ante el encuentro.

BIBLIOGRAFÍA

- Kristeva, J.** (2001). *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis*. Ed. Eudeba: B.S., Argentina.
- Vorchheimer, M.** (2018). "¡Ay, amor!". En *Revista de Psicoanálisis de Guadalajara*, núm. 12, año 12, julio 2018.